

JACQUELINE WINSPEAR

# TRES PLUMAS BLANCAS

Una investigación de  
**MAISIE DOBBS**

*Traducción:*  
ANA BELÉN FLETES VALERA



MAEVA | NOIR

*Para Kenneth Leech,  
1919-2002*

*De pequeña tuve la suerte de tener a Ken Leech como profesor.  
Después, durante la adolescencia y al entrar en la etapa  
adulta, tuve el privilegio de contarlo entre mis amigos.*

*¿Qué harás, hijo, qué harás  
en la noche de invierno ahora lejana  
cuando te sientes junto al fuego en el sillón patriarcal  
y los vecinos se pongan a hablar del campo de batalla?  
¿Zafarte como si te hubieran lanzado un puñetazo  
bajando la cabeza avergonzado?  
¿O dirás: «No fui el primero en ir,  
pero fui, gracias a Dios, fui»?*

*«¡Formen filas!»  
Harold Begbie, 1914*

# 1

MAISIE DOBBS RECOGIÓ los papeles que tenía en el escritorio en un montón ordenado y los metió en una carpeta de papel manila, cogió la pluma estilográfica de W.H. Smith de color verde que imitaba las vetas del mármol y escribió en el anverso el nombre de sus nuevos clientes: el señor Herbert Johnson y su esposa, a quienes preocupaba que la prometida de su hijo pudiera haberles engañado sobre su pasado. Era el tipo de caso fácil que le proporcionaría referencias útiles y que podría cerrar acompañado de su correspondiente informe y de la factura por sus servicios. Pero para Maisie, la información relativa al caso no quedaría archivada por completo hasta que aquellos cuya vida se había visto afectada por su investigación estuvieran en paz con lo que había descubierto, consigo mismos y con los demás implicados, dentro de lo posible. Un rizo de pelo negro azabache le cayó sobre los ojos mientras escribía. Suspiró y se lo colocó de nuevo en el moño que llevaba en la nuca. De repente, dejó la estilográfica sobre el protector de escritorio, se liberó de nuevo el molesto mechón y se acercó al espejo grande que colgaba de la pared, encima de la chimenea. Se soltó el pelo largo y se lo metió por dentro del cuello de la blusa de seda blanca, que le quedaba a unos dos centímetros de la mandíbula. ¿Le quedaría bien el pelo más corto?

—A lo mejor lady Rowan tiene razón —se dijo en voz alta delante del espejo—. A lo mejor me quedaría mejor un corte *bob*.

Se miró de un lado y de otro varias veces y se levantó el pelo una pizca. Llevarlo más corto le ahorraría unos minutos de su

preciado tiempo cada mañana, y no se le soltaría del moño cada instante ni le caería sobre los ojos. Pero había algo que la retenía. Se levantó el pelo y giró la cabeza. ¿Se le vería la cicatriz? ¿Con el pelo más corto quedaría a la vista la marca de piel amoratada y protuberante que dibujaba una línea desde el cuello y se adentraba en la zona sensible del cuero cabelludo? Si se cortaba el pelo y un día estaba inclinada sobre sus papeles, sin que ella se diera cuenta, ¿podría un cliente ver el daño que le había infligido aquel obús alemán que cayó sobre la estación de evacuación de heridos en la que estuvo trabajando en Francia, en 1917?

Observó el reflejo de la habitación en el espejo y pensó en lo lejos que había llegado, no solo por el cambio de despacho, desde la oficina oscura y desvencijada de Warren Street, el único lugar que había podido permitirse un año antes, sino por todo lo que había sucedido desde la primera vez que vio a Maurice Blanche, su mentor y profesor, cuando todavía trabajaba como criada en la mansión de lord Julian Compton y su esposa, lady Rowan. Maurice y lady Rowan se habían dado cuenta de que Maisie era una chica inteligente y se habían propuesto brindarle todas las oportunidades posibles para calmar su sed de conocimiento. Entre los dos habían conseguido que admitieran en Girton College, uno de los colegios universitarios de Cambridge, a la que había sido una criada.

Maisie volvió a recogerse el pelo en su pulcro moño y, mientras lo sujetaba con las horquillas, miró por el ventanal de suelo a techo que daba a Fitzroy Square. Su ayudante, Billy Beale, asomó por la plaza en ese momento y cruzó los adoquines grises y mojados por la lluvia en dirección al despacho. La cicatriz empezó a dolerle. Al verlo, Maisie adoptó la misma postura que él y se dirigió hacia la ventana con los hombros hundidos, las manos metidas en unos bolsillos imaginarios y una forma de andar que imitaba la rigidez del hombre por culpa de una herida de guerra que seguía dándole la lata. Su actitud empezó a cambiar y se percató de que el malestar ocasional que había notado en Billy unas semanas atrás se había convertido en una constante en su vida.

Mientras lo observaba desde la ventana de lo que en otra época había sido la sala de dibujo de aquel edificio de estilo georgiano, Billy se estiró el puño del abrigo para cubrirse la mano y sacó brillo a la placa de bronce que informaba a los visitantes de que el despacho de M. Dobbs, Psicóloga e Investigadora, se encontraba en aquel edificio. Satisfecho, Billy se enderezó, echó los hombros hacia atrás, estiró la espalda, se peinó con los dedos el pelo revuelto de color trigüeño y sacó la llave para abrir la puerta de entrada del edificio. Maisie lo vio corregir la postura. «Tú no me engañas, Billy Beale», se dijo. La puerta se cerró con un ruido sordo y las escaleras crujieron cuando el hombre subió al despacho.

—Buenos días, señorita. He recogido los expedientes que quería. —Billy dejó el sobre marrón en el escritorio de Maisie—. Ah, y otra cosa, he comprado el *Daily Express* para que le eche un ojo. —Se sacó el periódico del bolsillo interior del abrigo—. La mujer que asesinaron en su propia casa hace una o dos semanas, en Surrey, en la zona de Coulsden, ¿se acuerda?, pues parece que hay más detalles sobre quién era y el estado en el que la encontraron.

—Gracias, Billy —dijo Maisie tomando el periódico.

—Tenía la misma edad que usted, señorita. Terrible, ¿no le parece?

—Sí que lo es.

—Me pregunto si nuestro amigo... bueno, suyo en realidad, el inspector Stratton, estará metido en la investigación.

—Es muy probable. Como el asesinato tuvo lugar fuera de Londres, es un caso para el Departamento de Homicidios.

Billy se quedó pensativo.

—¿Le gustaría decir que trabaja para el Departamento de Homicidios, señorita? No son muy simpáticos, ¿verdad?

Maisie leyó el artículo por encima.

—Bah, es una invención del periódico para vender más ejemplares. Creo que empezaron a llamarlo así cuando el caso Crippen se convirtió en noticia. Antes se llamaba Brigada de Reserva, pero no sonaba lo bastante amenazador. Y Departamento de

Investigación Criminal es un nombre kilométrico. —Maisie lo miró y añadió—: Y, por cierto, Billy, ¿qué quieres decir con que es amigo mío?

—No lo digo por nada. Es solo que...

El teléfono negro que había en el escritorio empezó a sonar y dejó a su ayudante con la frase a medias. El hombre enarcó las cejas y alargó el brazo hacia el auricular.

—Fitzroy cinco, seis, cero, cero. Buenas tardes, inspector Stratton. Sí, aquí está. Le paso con ella. —Sonrió de oreja a oreja tapando el auricular con la palma mientras Maisie alargaba la mano para recibirlo ligeramente ruborizada—. Dígame, señorita, ¿qué era lo que solía decir el doctor Blanche sobre las coincidencias? Ah, sí, que eran «mensajes enviados por la verdad».

—Ya basta, Billy —dijo Maisie tomando el auricular e indicándole con la mano que la dejara sola—. Inspector Stratton, me alegra hablar con usted. Supongo que estará ocupado con el caso de asesinato de Coulsden.

—¿Y cómo se ha enterado usted, señorita Dobbs? No me lo diga. Será mejor que no lo sepa.

Maisie se rio.

—¿Y a qué debo su llamada, inspector?

—El motivo es puramente social, señorita Dobbs. Quería saber si le gustaría cenar conmigo.

Ella vaciló, dio unos golpecitos en el escritorio con la pluma y, por fin, respondió:

—Le agradezco la invitación, inspector. Es muy amable por su parte, pero a lo mejor podríamos comer en vez de cenar...

Se produjo un silencio.

—Desde luego, señorita Dobbs. ¿Está libre el viernes?

—Sí, el viernes es perfecto.

—Muy bien. Pasaré por su despacho a mediodía e iremos juntos a Bertorelli's.

Ella vaciló de nuevo.

—¿Podemos quedar directamente en Bertorelli's?

Y de nuevo silencio en la línea. Maisie se preguntaba por qué tenía que ser aquello tan complicado.

—Por supuesto. El viernes a mediodía en Bertorelli's.

—Hasta entonces. Adiós.

Colgó el auricular con actitud pensativa.

—Ya estoy aquí con una buena taza de té para usted, señorita.

Billy dejó la bandeja en el escritorio, sirvió la leche y el té en una taza esmaltada de gran tamaño y se la puso delante.

—Si me permite que se lo pregunte, señorita, y sé que no es asunto mío, pero ¿por qué no ha aceptado su invitación a cenar? Quiero decir que cenar gratis alguna que otra vez no es malo.

—Comer y cenar son cosas totalmente distintas, y salir a comer con un caballero no tiene nada que ver con salir a cenar por la noche.

—La cena es más abundante, para empezar...

Lo interrumpió el timbre. Billy se acercó a la ventana a ver quién era y Maisie se fijó en que se frotaba el muslo y hacía un gesto de dolor. La herida de guerra que había sufrido casi trece años atrás en la batalla de Messines, en 1917, le estaba molestando otra vez. Salió a abrir la puerta, y Maisie lo oyó bajar con dificultad las escaleras que llevaban a la puerta de la calle.

—Mensaje para M. Dobbs. Urgente. Firme aquí, por favor.

—Gracias, amigo.

Billy firmó y se buscó en el bolsillo alguna moneda para darle al mensajero. Cerró la puerta y suspiró antes de subir las escaleras de nuevo. Cuando llegó al despacho, le tendió el sobre a Maisie.

—¿Te está dando problemas la pierna? —preguntó ella.

—Un poco más de lo normal, nada más. Claro que ya no soy tan joven.

—¿Has vuelto a ir al médico?

—Últimamente no. Tampoco puede hacer mucho más, ¿o no? Soy un tipo con suerte, tengo un buen trabajo cuando hay cientos de hombres haciendo cola para ver si les dan algo. No tengo motivos para compadecerme, ¿no cree?

—Somos afortunados, Billy. Parece que no nos va a faltar el trabajo entre los que desaparecen después de gastarse todo



el dinero y los que no tienen más que malas ideas. —Dio la vuelta al sobre—. Vaya, vaya, vaya...

—¿Qué es, señorita?

—¿Te has fijado en el remitente que viene en el sobre? Es la letra de Joseph Waite.

—¿Se refiere al Joseph Waite que estoy pensando? ¿Joseph Waite «me sale el dinero por las orejas»? ¿El «carnicero de los banqueros» como lo llaman?

—Me pide que vaya a su casa «de inmediato», para recibir instrucciones para una investigación.

—Supongo que está acostumbrado a dar órdenes y a que las cosas se hagan siempre como él quiere... —El teléfono lo interrumpió una vez más—. ¡Diablos! ¿Qué le pasa hoy a este chisme?

Maisie alargó el brazo para levantar el auricular.

—Fitzroy cinco, seis, cero, cero.

—¿Podría hablar con la señorita Maisie Dobbs, por favor?

—Al aparato. ¿En qué puedo ayudarla?

—Soy la señorita Arthur, la secretaria de Joseph Waite. El señor Waite la está esperando.

—Buenos días, señorita Arthur. Acabo de recibir la carta que me ha traído un mensajero.

—Estupendo. ¿Puede venir hoy a las tres? El señor Waite la recibirá a esa hora y la reunión durará treinta minutos.

Le temblaba la voz ligeramente. ¿Tanto respeto le infundía su jefe?

—Perfecto, señorita Arthur. Mi ayudante y yo estaremos ahí a las tres. ¿Puede darme la dirección?

—Sí, tome nota. ¿Conoce Dulwich?

—CUANDO QUIERA, SEÑORITA.

Maisie miró el reloj de plata que llevaba prendido en la solapa de la chaqueta como si fuera un broche. Se lo había regalado lady Rowan cuando abandonó Girton College para trabajar como enfermera voluntaria en el Hospital Real de Londres,

dentro del Destacamento de Ayuda Voluntaria, durante la Gran Guerra. Había dado bien la hora desde el momento en el que se lo prendió al uniforme. Le había funcionado a la perfección cuando estuvo atendiendo a los heridos en la Estación de Evacuación de Heridos en Francia, y de nuevo cuando se ocupó de cuidar a los pacientes que sufrían neurosis de guerra a su regreso al Reino Unido. Y cuando terminó los estudios en Girton, el reloj se había sincronizado en numerosas ocasiones con el reloj de bolsillo de Maurice Blanche durante el tiempo que trabajó para él como ayudante. Aún tenía que servirle unos años más.

—Termino una cosa y nos vamos, Billy. Es la primera semana del mes y tengo que ocuparme de las cuentas.

Maisie sacó una llave del bolso, abrió el cajón central de la hilera del lado derecho del gran escritorio y sacó un libro de cuentas de pequeño tamaño de entre los seis cuadernos de tapa dura que había en el cajón. Tenía una etiqueta pegada que decía: «Automóvil».

El año anterior, lady Rowan le había dicho que utilizara su elegante deportivo descapotable MG 14/40. Le costaba conducir debido a un dolor recurrente en la cadera tras un accidente de caza, por lo que había insistido en que Maisie lo tomara prestado cuando quisiera. Después de utilizarlo con frecuencia durante unos meses, la joven se había ofrecido a comprárselo. Lady Rowan había bromeado diciendo que debía de ser la primera compraventa de un vehículo en la que el comprador insistía en pagar más de lo que estipulaba el vendedor. Maisie no había cedido y, al final, la mujer había estado de acuerdo en añadir un porcentaje pequeño en concepto de intereses. Cogió la pluma, sacó el talonario de cheques que guardaba en el mismo cajón y extendió un cheque a nombre de lady Rowan Compton. Anotó la cantidad pagada en la columna correspondiente del libro de cuentas y subrayó en rojo el importe que adeudaba.

—Muy bien, Billy, ya casi estoy. ¿Has dejado todo en su sitio?

—Sí, señorita. Los mapas de los casos están en mi escritorio bajo llave. El archivador también está cerrado con llave. El té también bajo llave...

—¡Billy!

—¡Le estaba tomando el pelo! —Billy le abrió la puerta y, tras salir los dos, cerró con llave el despacho.

Maisie miró el cielo plomizo.

—Parece que va a llover otra vez, ¿verdad?

—Y que lo diga. Será mejor que nos pongamos en camino y esperemos que pase rápido.

El coche estaba aparcado al final de Fitzroy Street, y la pintura brillante de color rojo de la carrocería resaltaba en la grisura de la tarde de abril.

Billy le abrió la puerta para que subiera, a continuación, levantó el capó para abrir la llave de la gasolina y lo dejó caer con un sonoro ruido metálico. Maisie hizo una mueca de dolor. Y se fijó en las ojeras de su ayudante mientras este estaba inclinado sobre el motor. Hacer bromas era la manera que tenía Billy de negar su padecimiento. El hombre levantó los pulgares para señalar que todo estaba en orden y Maisie encendió el contacto, pisó el acelerador y ajustó el regulador de aire pisando el botón situado en el suelo. El motor se puso en marcha. Billy abrió la puerta del copiloto y se sentó.

—Allá vamos. ¿Seguro que sabe el camino?

—Sí, conozco Dulwich. El viaje nos llevará una hora aproximadamente, dependiendo del tráfico que haya.

Maisie metió la marcha y se incorporaron a Warren Street.

—Vamos a repasar lo que sabemos de Waite. El hecho de que Maurice tuviera fichas sobre él en el archivo ya me intriga bastante.

—Bueno, según lo que dice la primera ficha, el doctor Blanche acudió a él para pedirle dinero para una clínica. ¿A qué se refiere? —Billy miró a Maisie y luego miró a la carretera—. Ya está empezando a llover.

—Lo sé. El clima londinense es tan impredecible que nunca sabes lo que puede pasar —comentó Maisie antes de responder a Billy—. Maurice era médico, Billy, ya lo sabes. Antes de especializarse en medicina forense, sus pacientes estaban un poco más vivos.

—Eso espero.

—El caso es que hace años, mucho antes de que yo fuera a trabajar a Ebury Place, Maurice trabajó en un caso que lo llevó al East End. Estaba examinando a la víctima de un asesinato, cuando llegó un hombre corriendo y pidiendo ayuda a gritos. Maurice fue con él hasta una casa vecina y allí se encontró con una mujer de parto, que estaba teniendo muchas dificultades para dar a luz a su primer hijo. El resumen es que salvó la vida de la madre y la de su hijo, y se fue de allí decidido a hacer algo sobre la falta de cuidados médicos para la gente pobre de Londres, en especial las mujeres y los niños. Así que uno o dos días a la semana volvió a ejercer de médico de los vivos con pacientes del East End, y de Lambeth y Bermondsey después, al otro lado del Támesis.

—¿Y qué tiene que ver con Waite?

—Lee la ficha y lo verás. Creo que antes de que yo llegara a Ebury Place, en 1910, Maurice llevó a lady Rowan a una de sus visitas médicas. Lo que vio la horrorizó y decidió ayudar. Empezó pidiendo dinero a todos sus amigos acaudalados para que Maurice pudiera abrir su propia clínica.

—¡Apuesto a que le dieron el dinero con tal de quitársela de encima!

—Tiene fama de conseguir todo lo que se propone y de que no le da miedo pedir. Creo que su ejemplo sirvió de inspiración a Maurice. Lo más probable es que conociera a Waite en algún evento social y se lo pidiera. Él es de esas personas capaces de juzgar la naturaleza de las personas nada más verlas y de utilizar esa... energía, llamémosla así, en su propio beneficio.

—¿Un poco como usted?

Maisie no respondió, sino que se limitó a sonreír. Había sido su extraordinaria intuición, junto con su agudo intelecto, los que habían hecho que Maurice Blanche la aceptara como alumna, y después como ayudante, en el mundo que él describía como «la ciencia forense de la persona en su totalidad».

—En fin, parece que el bueno del doctor Blanche le sacó a Waite quinientas libras —continuó Billy.

—Mira otra vez. Probablemente dirá que aquellas quinientas libras fue la primera de varias contribuciones.

Maisie limpió con el dorso de la mano el vaho que se había acumulado por dentro de la luna.

—Ah, aquí hay otra cosa —dijo Billy recostándose de repente con los ojos cerrados.

—¿De qué se trata? —Maisie lo miró. Tenía el rostro pálido tirando a verdoso.

—No sé si voy a poder leer en el coche. Me estoy mareando.

Maisie se detuvo a un lado de la carretera. Le indicó que abriera la puerta, que sacara los pies al camino y que pusiera la cabeza entre las rodillas. Luego cogió ella misma las fichas y se puso a resumir la información sobre Joseph Waite.

—Hombre acaudalado, hecho a sí mismo. Empezó como aprendiz de carnicero en la ciudad de Harrogate, en Yorkshire, con doce años. No tardó en demostrar que tenía cabeza para los negocios. Cuando cumplió los veinte ya era dueño de su primera tienda. El negocio floreció y en dos años se le quedó pequeño. Empezó a vender también frutas y verduras, comestibles de todo tipo y otros productos más sofisticados, todo de primera calidad y a buen precio. Abrió una segunda tienda y luego otra. Ahora posee varios establecimientos de su cadena Comestibles Waite Internacional repartidos por las ciudades grandes de todo el país, y otros establecimientos de menor tamaño de la línea Waite Gourmet en ciudades un poco más pequeñas. Todas las tiendas tienen en común el servicio de primera, la entrega a domicilio, los buenos precios y la calidad de los productos. Además, cada día se presenta por sorpresa al menos en una tienda. Puede aparecer en cualquier momento.

—Apuesto a que a sus empleados les encanta que haga eso.

—Mmm, tienes razón. Me pareció que la señorita Arthur estaba muy inquieta cuando hablamos por teléfono esta mañana. —Pasó a la siguiente ficha—. Ah, esto es interesante... Llamó a Maurice, sí, me acuerdo, para hacerle una consulta hace diez años. Qué raro...

—¿Qué ocurre? ¿Qué dice? —preguntó Billy secándose la frente con el pañuelo.

—Esto no es propio de Maurice. Dice solo: «No pude atender su solicitud. Se suspendió la comunicación».

—Estupendo. ¿Y en qué posición nos deja eso hoy?

—Bueno, debe seguir teniendo a Maurice en alta estima si ha decidido pedirme ayuda. —Miró a su ayudante para comprobar si seguía pálido—. ¡Ay, no, te está sangrando la nariz! Rápido, échate hacia atrás y apriétate el puente con esto. —Sacó un pañuelo bordado del bolsillo y se lo puso a Billy en la nariz.

—Cuánto lo siento, señorita. Primero tengo que echarme hacia delante y ahora hacia atrás. No sé... Hoy solo soy una molestia, ¿no le parece?

—Tonterías, me eres de gran ayuda. ¿Cómo va la nariz?

Billy miró el pañuelo y se dio unos toquetitos con él en la nariz.

—Creo que ya va mejor.

—Entonces será mejor que reanudemos la marcha.

MAISIE SE DETUVO al otro lado de la verja de hierro forjado que daba acceso a la finca y que conducía a una mansión de ladrillo de estilo neogeorgiano que se alzaba majestuosa en medio de unos cuidados jardines.

—¿Cree que alguien vendrá a abrir? —preguntó Billy.

—Por allí se acerca alguien —dijo Maisie señalando a un joven vestido con pantalones de golf, chaqueta deportiva de *tweed*, camisa de tejido de lana y corbata de color verde pino. Se apresuró a abrir el paraguas mientras trotaba hacia la entrada y saludó a Maisie con una leve inclinación de la cabeza mientras recorría el cerrojo de la verja. Maisie avanzó con el coche y se detuvo a su altura.

—Usted debe ser la señorita Dobbs. Tiene una reunión con el señor Waite a las tres.

—Así es.

—¿Y su acompañante es...? —El hombre se inclinó hacia delante para mirar a Billy.

—Mi ayudante, el señor William Beale.

Billy seguía apretándose la nariz con el pañuelo.

—Muy bien, señora. Aparque delante de la entrada de la casa, pero dé marcha atrás y deje el coche con el morro mirando hacia la verja de salida.

Maisie enarcó una ceja y el joven se encogió de hombros.

—Así es como le gusta al señor Waite, señora.

—Un poco quisquilloso, en mi opinión —dijo Billy cuando Maisie arrancó de nuevo—. Que dé marcha atrás y deje el coche con el morro hacia fuera. ¿Qué le parecería que entrara así, caminando hacia atrás, con la nariz hacia fuera? ¿Quién se habrá creído que es?

—Uno de los hombres más ricos del Reino Unido, o de Europa incluso. —Maisie maniobró para dejar el coche como le habían indicado—. Y, como sabemos, nos necesita para algo, o de lo contrario no estaríamos aquí ahora. Vamos.

Salieron del coche y se dirigieron con paso decidido a la puerta de entrada, donde los esperaba una mujer para recibirlos. Maisie calculó que rondaría los cincuenta y cinco años y llevaba un vestido austero de color gris pizarra hasta media pierna, con los puños blancos y un cuello bebé superpuesto también blanco. Cerraba el cuello en el centro con un broche de camafeo. El único otro adorno que portaba era un reloj de pulsera de plata con la correa de cuero negro. Tenía el pelo canoso recogido detrás de la cabeza tan tirante que se le estiraban las sienes. Pese a su aspecto sobrio, cuando Maisie y Billy llegaron al último escalón, les sonrió de forma afectuosa y con un brillo acogedor en los ojos azul claro.

—¡Pasen deprisa, no se vayan a morir de frío ahí fuera! ¡Qué mañana! El señor Harris, el mayordomo, ha pillado un resfriado terrible. Yo soy la señora Willis, el ama de llaves. Permítanme los abrigos. —La mujer tomó el chubasquero de Maisie y el abrigo de Billy, y se los entregó a una criada—: Cuélgalos en el tendedero de encima de la chimenea que hay en el cuarto

de la colada. Los invitados del señor Waite se marcharán dentro de —consultó el reloj— treinta y cincos minutos aproximadamente, así que intenta que se sequen todo lo posible para entonces.

—Muchas gracias, señora Willis —dijo Maisie.

—El señor Waite los recibirá enseguida en la biblioteca.

Maisie notó la tensión que flotaba en el ambiente. El ama de llaves caminaba apresuradamente, lo que los obligaba a apretar el paso. Al llegar a la puerta de la biblioteca, consultó de nuevo la hora y puso la mano en la manilla de bronce. En ese momento se abrió una puerta detrás de ellos y una mujer llegó corriendo.

—¡Señora Willis! Señora Willis, ya me ocupo yo de llevar a los invitados del señor Waite a la biblioteca —dijo jadeando.

El ama de llaves los dejó con ella, pero frunció el ceño molesta.

—Por supuesto, señorita Arthur, adelante. Buenos días —dijo volviéndose hacia Maisie y Billy, tras lo cual se alejó sin volver a mirar a la señorita Arthur. Por desgracia no pudo desaparecer con dignidad, puesto que la puerta se abrió una vez más y un hombre corpulento se aproximó a ellos consultando el reloj conforme se acercaba.

—Perfecto, las tres, la hora de nuestra reunión.

Y sin apenas mirarlos se metió en la biblioteca.

Billy se inclinó un poco hacia Maisie y susurró:

—¡Esto es como un circo de tres pistas!

Ella respondió inclinando levemente la cabeza.

—Siéntense, siéntense.

Joseph Waite les señaló sendas sillas situadas en el lado más largo de una mesa rectangular de caoba pulida mientras él se sentaba de inmediato en una silla más grande en la cabecera. Su corpulencia hacía que pareciera bajo de estatura, aunque pasaba del metro ochenta y se movía con una rapidez engañosa. Según las notas de Maurice, Waite había nacido en 1865, lo que significaba que tenía sesenta y cinco años. Vestía un traje azul marino de raya diplomática hecho a medida por un sastre de Savile Row, que, sin duda, le había costado lo suyo. Completaba el atuendo con una camisa blanca, corbata de seda de color gris



claro, zapatos negros lustrosos y calcetines de seda de color gris claro que Maisie vio cuando bajó la vista al suelo. Caro, muy caro todo ello, claro que Joseph Waite apestaba a dinero nuevo y al enorme puro habano que se pasó de la mano derecha a la izquierda para saludar a Maisie primero y luego a Billy.

—Joseph Waite.

Maisie tomó aire y abrió la boca para responder, pero no le dio tiempo.

—Voy a ir directamente al grano, señorita Dobbs. Mi hija, Charlotte, ha desaparecido. Soy un hombre ocupado, así que se lo diré sin rodeos: no quiero involucrar a la policía, porque no creo ni por un momento que sea un asunto policial. Y no quiero que vengan y pongan la casa patas arriba y que pierdan el tiempo con especulaciones, además de atraer a todos los periodistas aburridos hasta aquí.

Maisie tomó aire de nuevo y abrió la boca para hablar, pero Waite levantó la mano con la palma hacia ella. La joven se fijó en el anillo de oro de gran tamaño que llevaba en el meñique, y cuando volvió a poner la mano encima de la mesa, vio que tenía diamantes incrustados. Miró de soslayo a Billy, que enarcó una ceja.

—No es un asunto policial, porque no es la primera vez que se va de casa. Tiene que encontrarla, señorita Dobbs, y traerla antes de que empiecen a correr los rumores. Un hombre de mi posición no puede permitirse que su hija se escape y salga en la prensa. No hace falta que le diga que corren malos tiempos para un hombre de negocios como yo, pero las empresas Waite se están apretando el cinturón como corresponde y no les está yendo mal, la verdad. Y quiero que siga así. Dicho esto —consultó el reloj de nuevo—, puedo dedicarle veinte minutos de mi tiempo, de modo que hágame todas las preguntas que necesite. No le ocultaré nada.

Maisie se dio cuenta de que, aunque Waite se había esforzado mucho en eliminar el acento marcado de Yorkshire, tan diferente del londinense, se le notaba en la forma de alargar las vocales, por ejemplo.

—Me gustaría saber algo más sobre su hija. —Maisie tomó las fichas en blanco que Billy le entregó—. En primer lugar, ¿cuántos años tiene Charlotte?

—Treinta y dos. Es como usted más o menos.

—Pues sí.

—¡Pero no tiene ni la mitad de iniciativa que tiene usted!

—¿Disculpe?

—No voy a andarme con rodeos: Charlotte es como su madre. Una pusilánime, como yo le digo. Trabajar un día no le vendría mal, aunque, como es natural, la hija de un hombre como yo no tiene necesidad de trabajar. Qué le vamos a hacer.

—Y que lo diga. Tal vez podría contarnos un poco lo que ocurrió el día que desapareció. ¿Cuándo la vio por última vez?

—Hace dos días. El sábado por la mañana. En el desayuno. Yo estaba abajo, en el comedor, cuando llegó, eufórica, y se sentó en el extremo opuesto de la mesa. Estaba perfectamente bien, tomándose unas tostadas con el té, pero, de repente, se puso a llorar, a sollozar incluso, y salió corriendo.

—¿Fue a ver qué le pasaba?

El hombre suspiró y alargó la mano hacia el cenicero. Dio unos golpecitos en el puro y la ceniza que se había acumulado en el pie cayó dejando un círculo acre. Dio una profunda calada y expulsó el humo.

—No, no fui. Terminé de desayunar. Charlotte es un poco como Sarah Bernhardt, señorita Dobbs, una actriz; tendría que haber subido a los escenarios, como su madre. Nada es lo bastante bueno para ella. Pensé que ya habría encontrado marido a estas alturas, pero no. De hecho, debería escribir esto —dijo señalando con el puro la ficha que Maisie tenía en la mano—: su prometido la dejó plantada hace un par de meses. ¡Ni siquiera con mi dinero es capaz de encontrar marido!

—Señor Waite, la conducta que describe sugiere que su hija pudiera estar angustiada por algo.

—¿Angustiada? ¿Angustiada dice? Nunca le ha faltado comida de calidad que llevarse a la boca, ni ropa, y de la buena, he de añadir, que ponerse. Le he dado una buena educación, en

Suiza, nada menos. Celebramos un baile como es debido para presentarla en sociedad. Una familia podría haberse alimentado durante todo un año solo con lo que me costó la levita que me puse. Esa jovencita ha tenido lo mejor de lo mejor, así que no me venga con que está angustiada, señorita Dobbs. No tiene derecho a la angustia.

Maisie le sostuvo la mirada con firmeza. «Prepárate, va a contarte lo dura que ha sido su vida.»

—Angustia, señorita Dobbs, es lo que sientes cuando tu padre muere en un accidente en la mina, y tienes solo diez años y eres el mayor de seis hermanos. Eso sí que es angustia. La angustia es la que te da una buena patada en el culo y te obliga a buscarte la vida para llevar el pan a casa cuando no eres más que un niño.

Waite hizo una pausa antes de continuar con el acento marcado de Yorkshire.

—Angustia, señorita Dobbs, es que tu madre y tu hermano pequeño mueran de tuberculosis cuando tienes catorce años. Eso, señorita Dobbs, es angustia. Lo que sientes cuando crees que lo tienes todo controlado, porque trabajas día y noche para ser algo en la vida, y pierdes a otro hermano en la misma mina que mató a tu padre porque aceptó el primer trabajo que salió para ayudar a la familia. Eso, señorita Dobbs, es angustia. Pero usted sabe de buena tinta a lo me refiero, ¿verdad? —El hombre se inclinó hacia delante y aplastó el puro en el cenicero.

Maisie se dio cuenta de que, en algún lugar de su despacho, Joseph Waite guardaba un expediente que contenía tanta información sobre ella como la que ella había reunido sobre él, si no más.

—Señor Waite, soy muy consciente de las dificultades que se presentan en la vida, pero si me hago cargo de la investigación, y la decisión final es mía, me hago responsable del bienestar de ambas partes. Si abandonar la casa de esta forma es algo que su hija acostumbra a hacer y el motivo de su inquietud es algún tipo de desacuerdo doméstico, está claro que algo hay que hacer para aliviar la presión, digamos, que sufren ambos. Tiene que

prometerme que discutiremos qué hacer con el problema cuando encontremos a Charlotte.

Joseph Waite apretó los labios. No era un hombre acostumbrado a que le plantaran cara. Y, sin embargo, como Maisie acababa de comprender, era la similitud de los orígenes de ambos lo que lo había llevado a elegirla a ella para que se ocupase del caso, y él no daría marcha atrás. Era un hombre muy inteligente, y muy beligerante también, que agradecería que no se perdiera un minuto más.

—Señor Waite, aunque Charlotte se haya fugado por voluntad propia, la noticia de su desaparición no tardará en atraer la atención de la prensa, que es lo que usted teme. Dada su situación económica y los difíciles tiempos que corren, existe la posibilidad de que sea usted objeto de extorsión. Y pese a que parece seguro que Charlotte está sana y salva, y que ha hecho esto para esconderse de usted, no podremos saberlo con seguridad hasta que la encontremos. Ha dicho que ya se ha marchado otras veces. ¿Puede contarme algo más sobre esas otras desapariciones?

Waite se reclinó en la silla negando con la cabeza.

—Sale corriendo, en mi opinión, cada vez que no consigue lo que quiere. La primera vez fue cuando me negué a que tuviera coche. —Observó el césped del jardín y señaló con el puro en la dirección a lo que Maisie supuso que sería el garaje—. Un chófer puede llevarla adonde quiera ir. No estoy a favor de que las mujeres conduzcan.

Maisie y Billy se miraron.

—Así que se fue corriendo a casa de su madre a quejarse, sin duda, del padre tan horrible que tenía. ¡Le aseguro que de donde yo vengo, las mujeres darían lo que fuera por que alguien las llevara en coche en vez de tener que caminar ocho kilómetros empujando un carrito con un bebé dentro, un par de críos más encima y las bolsas de la compra colgando del manillar!

—¿Y la segunda vez?

—Estaba prometida y quería romper el compromiso. Me refero al anterior, no al último. Y se fue al Ritz, ni más ni menos.

Tiene una buena casa aquí, pero quiere vivir en el hotel Ritz. Yo mismo fui a buscarla y la traje a casa.

—Entiendo. —Maisie se imaginó la vergüenza que debió de sentir la mujer cuando su padre furioso la sacó a la fuerza del Ritz—. Así que, en su opinión, Charlotte tiene tendencia a fuggarse para evitar una confrontación.

—Sí, una manera bastante exacta de decirlo —respondió él—. Y dígame, ¿qué piensa ahora de su bonita idea de «discutir qué hacer con el problema» cuando Charlotte regrese, señorita Dobbs, teniendo en cuenta que no es capaz de mirar a su padre a la cara?

Maisie no dudó un momento.

—Mis condiciones se mantienen, señor Waite. Parte de mi trabajo cuando traiga a Charlotte de vuelta a casa consistirá en escuchar lo que su hija tenga que decir.

El hombre corrió la silla hacia atrás, se metió las manos en los bolsillos del pantalón y se dirigió a la ventana. Miró el cielo un momento y sacó un reloj de bolsillo.

—Estoy de acuerdo con las condiciones que me plantea. Enviéme el contrato mañana a las nueve. La señorita Arthur se ocupará de pagar el adelanto que sea necesario y también del pago de sus servicios, así como de cualquier otro gasto que pueda surgir, a la recepción de su factura. Si necesita preguntarme alguna otra cosa, puede concertar una cita con ella. Si no, espero un informe sobre el progreso de la investigación el viernes. En persona y a la misma hora, si es que no ha conseguido encontrarla para entonces. Soy un hombre ocupado, como ya le he dicho, señorita Dobbs.

Se dio media vuelta para irse.

—¿Señor Waite?

—¿Sí?

—¿Podemos ver las habitaciones de Charlotte?

—La señorita Arthur llamará a la señora Willis y se las mostrarán. Buenas tardes.